

De cómo nació la «Revista del Colegio del Rosario»

En 1904, recién pasada la guerra de los mil días, vine por primera vez a Bogotá. Entonces, las distancias se medían por jornadas, no por kilómetros. Al llegar a Ibagué aprendí que los trechos de jornadas se calculaban por tabacos, y no por leguas o por horas, como lo hacían los campesinos de mi comarca. Supe entonces que una legua se andaba en el espacio necesario para fumarse un tabaco rural.

Desde Cali, en mi Valle nativo, a esta capital, había dieciocho jornadas. Dieciocho días a lomo de mula y por qué caminos! Eran los mismos, descritos antaño, por don Manuel María Mallarino, en su viaje a través del Quindío.

Después de cruzar el puente del río Cali, que era la salida de la ciudad hacia el Norte, yo no volví a ver otro, excepto el de Girardot, que mi fantasía de adolescente fingió igual al de Brooklyn, porque las gentes viajadas así lo decían, aunque los arrieros aseguraban, en las posadas, ser más largo el de Honda.

Con otros muchachos de mi tierra fui al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Allí conocí, entre otros, a José Manuel Saavedra Galindo. Llegaba también del Valle. Procedía de un pueblito cercano a Buga, según decía él, cuando Domingo Irurita, que es nativo de Pradera, otro pueblecito cercano a Palmira y rodeado de un gradual, se lo preguntaba con sorna delante de quienes nos pavoneábamos oriundos de ciudad de puente largo, de cal y canto y rumoroso río, como Cali o Buga.

En el viejo claustro, la afinidad presto formó grupos. Costeños, antioqueños, santandereanos, reinosos, tolimenses o caucanos, en los primeros días, andábamos en manada, pero después de algún tiempo nos barajábamos según caracteres, aficiones y gustos. Los grupos acababan por ser un mosaico, representativo cada uno de ellos de las varias regiones del país. Y como allí nacieron amistades y compañerismos inolvidables, y así fue y ha sido siempre, creo que es en el claustro tres veces secular,

donde ha germinado la unidad nacional y donde se ha compactado la República.

Recuerdo, ahora, la sensación impregnada de grandeza histórica de la fábrica que levantara para asilo de la inteligencia en la naciente Colonia el ilustre Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, fundador del Instituto. Aula Mutis, aula Masústegui y así otras que llevan nombres de rectores o de próceres decían en placas azules con letras blancas al espíritu adolescente, que allí, como antaño, continuaba nutriéndose, en ininterrumpida lección, la juventud, en las fuentes de la virtud y de la ciencia. En el descanso de la escalera principal, no he vuelto a subir por ella, había una placa con el signo que trazara Caldas al marchar al patíbulo para ofrendarse a la Patria.

Ahora el claustro está reconstruido pero los rincones son los mismos. A la media luz de la tarde, en uno de ellos, y en la parte alta reuníase un grupo. Aficiones literarias, intercambio de libros de historia, conversaciones liminares acerca de aspiraciones confusas alimentaban la afinidad de ese núcleo. Raimundo Rivas, Saavedra Galindo, Manrique Terán, Manuel Briceño, Gonzalo Carbonell, de vez en cuando Domingo Irurita, y el que esto evoca, glosábamos lecturas y nos mostrábamos ensayos de ingenuas composiciones en prosa y verso. Un día, no recuerdo quién, sugirió la impresión de un periódico. Acogida unánime tuvo el proyecto. Discutióse el nombre y al fin convínose en bautizarle con uno egipcio: "Osiris". Manrique Terán, que ya había publicado versos, quedó de presidente de aquella sociedad literaria. Saavedra Galindo, que antes de entrar al Rosario se ganaba la vida como obrero en la imprenta de "La Luz", fue el director. Sabía él de galeras y de armadas. El periódico salió en formato minúsculo, un pliego con sus cuatro caras llenas de producciones nuestras, auténticas.

Furtiva fue la hoja porque ni sabíamos el reglamento del Colegio e ignorábamos lo que las Constituciones disponían al efecto. El caso fue que al tercer número y tras el postín de ver los nombres de los noveles autores en letras de molde, cayó el periodiquín en manos del Vice-rector, doctor Genaro Jiménez. Mayúsculo escándalo armóse. El número tercero de "Osiris" tenía un editorial de Saavedra Galindo, unos versos de Manrique Terán, otros de Manuel Briceño, un artículo evocador de lecturas de Flaubert, tal vez de Salambó, de Rivas, y uno mío con pretensiones de crítica, sobre la obra de Silva, que terminaba con una apología del suicidio, cuyo párrafo final decía, que

el poeta yacente en su lecho, había quedado "con los ojos abiertos mirando el desfilar de la nada".

De grave debió estimar el Vice-rector el hecho y muy grave debió ser la contravención a la disciplina, porque *ipso facto* hablónos de la decisión de la Consiliatura, consejo de gobierno del Colegio, para resolver de nuestra suerte. Ni fuimos al estudio ni asistimos a clase en aquella mañana, pues estábamos en capilla para la expulsión.

Al fin la hora temida llegó. Monseñor Carrasquilla había entrado al claustro. Enterado del caso comparecimos ante él. Los autores de los artículos éramos los culpables, pero en grado mayor lo eran, el presidente de la sociedad "Osiris" y el director del periodicocho.

Tras la reprimenda venía ya el fallo temido, cuando Saavedra, que por su condición de impresor ya entendía algo de leyes, observó al doctor Carrasquilla que él asumía íntegramente la responsabilidad puesto que sin la publicación la falta, si la había, no se habría corporizado, y que él era quien había llevado a la imprenta los originales y el dueño del periódico. Gallardía tanta y lealtad tan fraternal impresionaron vivamente al doctor Carrasquilla, quien de un golpe aprehendió la situación y vio que esas actividades nuestras, por descaminadas que fuesen contra la disciplina, eran resultante de una inquietud mental. Cambió su ánimo, y tras una admonición sobre lecturas e influencias nos despachó en paz, no sin decirnos que el Colegio crearía una publicación para profesores y alumnos, a fin de canalizar actividades y de servir de vehículo y de punto de contacto del Colegio con los medios intelectuales.

Saavedra salvó la situación. Ahora más que nunca revalúo la franqueza de su carácter y lo noble y bueno de su corazón. Saavedra entonces era muy pobre. De Buga había salido como un peregrino ganándose como cajista, primero en esa ciudad, luego en Manizales y después en ésta, en la imprenta de "La Luz", del doctor Concha, el sustento hasta conseguir una beca en el Colegio del Rosario. Por manera que cuando reclamaba para sí toda la responsabilidad y con ella la expulsión, jugaba su porvenir, torcía el curso de su vida, con la cual dio luego lustre al Colegio que le educó y prestancia a la Patria.

Así este incidente fue la génesis de la fundación de la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO. El hecho que relato ocurrió a fines de 1904. En febrero de 1905 salió el primer número de la Revista. Monseñor Carrasquilla escribió el artículo editorial. En el siguiente párrafo se trasluce lo que fue nuestra

aventura estudiantil del difunto "Osiris" y la captación de la necesidad que indicaba nuestra travesura, pero agarrada aquella necesidad con la comprensión constructiva, patriótica y de maestro por el Rector.

Dice así el párrafo alusivo:

"Era conveniente, además, que los hijos del Colegio, entre los cuales figuran personajes de lo más distinguido del país en las letras, el foro, la política y las ciencias, tuvieran un órgano de publicidad, donde sus escritos hallaran, no hospitalidad benévola, sino casa propia en qué vivir. No ofrecemos a los alumnos de otro tiempo las páginas de esta Revista, sino les hacemos presente que son suyas.

"Figurarán, al lado de los trabajos de los veteranos en ciencias y letras, los ensayos, inseguros aún, de los jóvenes estudiantes del Colegio. Será para ellos estímulo poderoso, y será para el amante de las patrias glorias estudio interesante, como lo son para el naturalista los vuelos vacilantes del aguilucho al salir por la primera vez del nido.

"Nuestros camaradas de Colegio han menester alguna amena lectura para las horas de recreo; se la dará nuestra Revista, sin que tengan que acudir, a hurto de los maestros, a novelas malsanas o a colecciones de líneas desiguales, sin ritmo, en que se trata de los colores del sonido o del timbre de los colores, del sabor de los perfumes, de las fábulas mitológicas en compañía de los dogmas cristianos, y de idealismos impalpables al lado de burdas crudezas naturalistas..."

Nova et vetera es el lema de la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO. A él, corresponde y ha correspondido.

La Revista prosigue como ayer; pero del ayer, surge, acompañada de las evocaciones, cercanas al misterio, de los compañeros fallecidos. Saavedra Galindo, Manuel Briceño, Gonzalo Carbonell. Perfume acre de asfodelos. Ayer de adolescentes, vieja y nueva lucha, devenir constante y evolución creadora.

SALVADOR IGLESIAS,

Alumno que fue de este Colegio Mayor



EXCMO. SEÑOR DON
FERNANDO CAYCEDO Y FLOREZ
RECTOR DE ESTE COLEGIO Y ARZOBISPO DE BOGOTÁ

Universidad del
Rosario | Archivo
Histórico